

# GLOSA AL PRIMER CONSEJO NACIONAL DEL S. E. M.

Por JOSE M.<sup>a</sup> GUTIERREZ DEL CASTILLO

**E**L Magisterio, que forma bajo la disciplina de la Falange, necesitaba una voz fuerte y unida. Había hablado en las reuniones celebradas, durante la guerra, en Valladolid, Burgos y Vitoria, pero faltaba la unidad que da la presencia de todas las provincias de España.

Necesitaba el Servicio de este Consejo para que el Partido diese la mayoría de edad ganada ya por su experiencia, madurez y por su labor intensa pero callada.

Han sido voces autorizadas las que hemos escuchado durante su transcurso (Ministro de Educación, señor Obispo de Madrid-Alcalá, Rubio, Laín, Ortiz, Sosa y Pilar Primo de Rivera).

Se estudiaron a fondo la reorganización interna del Servicio, las relaciones con los distintos Organismos del Partido que están en contacto con la educación, las relaciones con el Ministerio de Educación y el proyecto de una Ley de Primera Enseñanza donde estuviesen recogidas todas sus aspiraciones como católicos y como falangistas.

El Magisterio entero ha vibrado al unísono. Que no se desperdicie esta ocasión de elevación de prestigio intelectual, moral y político es lo que queremos ahora. Ganaremos al Magisterio, pues sabemos es, y tiene que ser, la base de nuestra Revolución y el apoyo decidido del Frente de Juventudes.

Sabemos que para realizar esta magnífica tarea han de vencerse los mil obstáculos naturales que, por circunstancias adver-

sas a la formación del Maestro, han sido causa de su endeblez, hasta tal punto que para encontrar pedagogos con categoría cierta tenemos que remontarnos muy lejos.

Esta endeblez del espíritu vocacional e intelectual del Magisterio no es una excepción, es hija y compañera de todo el descenso cultural en la decadencia española y que se deja sentir en todos los sectores intelectuales. Para fortalecer y elevar este nivel cultural las minorías intransigentes se han puesto a batallar afanosamente en las Ciencias, las Artes y las Letras.

No podía faltar, en este afán común, la aportación esforzada del S. E. M., que se considera como germinador de las semillas espirituales del Pueblo, el que inicia en el primer escalón del ascenso la comezón y las nostalgias del saber.

El Maestro es el eje gravital e intelectual de los futuros valores que se modelan en sus manos. Faltaba en la incompleta visión española de los últimos siglos, este concepto primordial y cierto. Sufrimos sus consecuencias graves y hemos de ser nosotros, que tanta ambición pusimos en el logro de España, los que incorporemos con intransigencia esta urgente necesidad de continuidad incluso histórica.

«Decía José Antonio que nosotros amamos a España porque no nos gusta, con afán de perfección.»

Este concepto, que puede y debe aplicarse a la Escuela—sobre todo a la rural—, nos obliga y nos convierte en palancas de su ascensión.

Nuestra responsabilidad en esta hora es de las que no pueden inhibirse, con excusas, a plazos largos. Nosotros, que hemos comprendido el problema, no podemos dejar de resolverle sin que nos alcance el grave peso de la conciencia.

España, que supo forjar un pueblo como ningún otro, no puede ir, en el aspecto pedagógico, que para ello es vital por la necesidad de cauce que tiene la potencia de nuestra raza, a la zaga de otros pueblos, que no tienen, por otra parte, la responsabilidad histórica de España.

Por Teología sabemos de la existencia de la fe muerta y de

la fe viva, que debe ir siempre respaldada por las obras. Así, nosotros, que creemos con la más viva fe en el Destino Universal de España, profunda y rotundamente hemos de dar por hecho que no se puede descansar mientras que las futuras generaciones no estén por lo menos en el camino inicial de la progresión, mientras exista el más pequeño porcentaje de analfabetos, no sólo en lo material sino en lo moral.

Lo más urgente es, pues, la formación del Maestro; hay que capacitarle en el grado en que vamos a exigirle; cuanto más reciba a más se obliga y con absoluta certeza de que, cuando hayamos conseguido elevarle y encajarle en la responsabilidad del tremendo engranaje de las minorías, no habrá excusa para las apatías ni para la desgana. Porque entonces, sí, y de verdad, sobre ellos pesarán las glorias o los males de España.